

to y arquetipo, de un padre perfecto y arquetipo, en un mundo perfecto y eterno, donde nada crece, decae ni cambia; y de una generacion perfecta y arquetipa, cuya única definicion es que lo semejante engendra á su perfecto semejante.... Callas. Bien, Hipatia.... Hemos penetrado demasiado lejos en los abismos....

Ambos guardaron silencio un rato. Y Rafael tuvo ideas solemnes acerca de Victoria y acerca de las antiguas señales de Isaías, que consideraba profecias concernientes al hombre que habia encontrado, porque rogaba y esperaba que se le concederia tambien un hijo, como prueba de que á pesar de todos sus pecados, "Dios estaba con él."

Pero era judío y hombre; Hipatia era griega y muger.... y en este particular lo mismo eran los hombres de su escuela. Respecto de ella, las relaciones y los deberes de la humanidad no tenían el carácter terrible y divino con que aparecian á los ojos del judío convertido, el cual por la primera vez de su vida conocia el significado de sus Escrituras, y era un verdadero israelita. En cuanto á la dialéctica de Rafael,

aunque la hiciese callar, no lograba convencerla. La creencia de Hipatia, como la de los demas filósofos de sus mismas doctrinas, se apoyaba en la imaginacion y en el sentimiento religioso, mas bien que en la razon y en el sentimiento moral. Todo el brillante mundo con que se habia entretenido tantos años... cosmogonias, emanaciones, afinidades, simbolismos, jerarquias, abismos, eternidades, &c.... aunque no le proporcionaba descanso ni creia en él, aunque se habia desvanecido en el aire en su mayor apuro.... era demasiado hermoso para perderlo de vista eternamente, y luchando con el creciente convencimiento de su razon, respondió al fin:

—¿Y hubieras querido que yo renunciase, como parece has hecho tú, á lo sublime, á lo hermoso, á lo celeste, por una árida dialéctica... con cuyo auxilio, á lo que entiendo.... porque al cabo, Rafael, no me es posible competir contigo.... Soy una muger.... una débil muger.

Y se cubrió el rostro con las manos.

—Con cuyo auxilio, á lo que entiendo.... ¿qué? preguntó Rafael con dulzura.

—Podieras haber hecho aparecer como mejores razones las peores.

—Así dijo Aristófanes de Sócrates. Pero oyeme de nuevo, querida Hipatia. Tú no quieres renunciar á lo hermoso, á lo sublime, á lo celeste. ¿Y si yo te di ese que hasta ahora no habia encontrado ninguna de esas cosas? Recuerda mis anteriores palabras.... ¿Y si lo que nosotros hemos tomado por nuestro bello, nuestro sublime, nuestro celeste, se hubiese reducido al mas completo materialismo, consistiendo en nociones estraidas por nuestro cerebro de las impresiones de cosas agradables, elevadas, grandes, terribles, vistas con nuestros ojos corporales? ¿Y yo hubiese descubierto que lo espiritual no es lo intelectual, sino lo moral, y que el mundo espiritual no es como nos lo figurábamos, un mundo de nuestras abstracciones intelectuales ó de nuestras emociones físicas, religiosas ó de otra especie, sino un mundo de personas justas ó injustas? ¿Si yo hubiese descubierto que la ley del mando espiritual, comprensiva de todas las demas, era la justicia; y que la discordancia respecto de esta ley que nosotros llamábamos materialidad, no

era vulgar, grosera, torpe, sino simplemente injusta? ¿Si yo hubiese descubierto que la justicia era lo hermoso, que la justicia era lo sublime, lo celeste, lo divino... Dios? ¿Y si sobre mí hubiera brillado como una clara aurora, la imagen de esa justicia? ¿Si yo hubiese visto un ser humano, muger tambien, una débil niña, publicando la hermosura y la gloria de Dios, y mostrándome que lo bello debe mezclarse sin temor, con lo mas asqueroso y horrible; que lo sublime debe someterse á los oficios mas bajos, á los sacrificios mas degradantes en la apariencia; que ser celeste es conocer que las relaciones mas comunes, los deberes mas vulgares de la tierra son mandamientos de Dios y se cumplen solo con ayuda del mismo espíritu con que El rige el universo; que la justicia consiste en amar, auxiliar, padecer y hasta morir, si es preciso, por aquellos que en sí mismos parecen únicamente propios para excitar sentimientos de indignacion y disgusto? ¿Si por la primera, y no por la última vez de mi vida, segun espero, contemplé esa vision, y ante ella mis ojos se abrieron y conocí que era la semejanza y la gloria

de Dios? ¿Si yo, Platónico como Juan de Galilea y Pablo de Tarso, y sin embargo, hebreo de los hebreos como ellos, me he preguntado á mí mismo: amando de este modo la criatura, cuán grande no será el amor del arquetipo? Podiendo padecer tanto una débil muger, cuánto no podrá padecer el Hijo de Dios? Si el hombre tiene fuerzas para sacrificarse en parte por el bien de los demas, Dios las tendrá para sacrificarse del todo. Si no lo ha hecho, lo hará, ó será menos hermoso, menos sublime, menos celeste, menos justo que lo que me lo he figurado, menos que sea débil niña. ¿Por qué no habré de creer á los que me dicen que ya lo ha hecho? Y aun suponiendo que su evidencia fuese mera probabilidad, contestaré que así como no necesito demostracion matemática para convencerme de que habiendo caido un niño en el agua, su padre le sacó, no la necesito en este caso. Mi razon, mi corazon, todas mis facultades, excepto esta estúpida esperiencia sensual, que me engaña á cada instante y que ni siquiera puede probarme que existo, aceptan la historia del Calvario como el mas natural, el mas probable,

el mas necesario de los acontecimientos terrestres, dando por sentado únicamente que Dios es un Ser justo y no el sueño de un espíritu necesario que lo penetra todo.... absurdo, que en los propios términos con que se expresa, descubre su materialismo.

Hipatia respondió con una sonrisa forzada.

—Rafael Aben-Ezra ha abandonado el método del severo dialéctico por el del amante elocuente.

—No del todo, dijo Rafael sonriéndose á su vez. Porque, supon que yo me haya dicho á mí mismo: nosotros los Platónicos convenimos en que la vista de la Divinidad es el soberano bien.

Hipatia tembló nuevamente de piés á cabeza, acordándose de la última noche.

—Y si Dios es justo, y la justicia y el amor (como creo) son cosas idnticas, entonces El deseará este supremo bien para los hombres, con mas ardor que ellos mismos.... Entonces El deseará mostrarse y hacer ver su justicia á los hombres.... ¿Me responderás, querida Hipatia, ó me responderé yo propio?....

¿O es que tu silencio indica que apruebas? A lo menos, permíteme, añadio que si Dios desea mostrar su justicia á los hombres, el único medio para verificarlo, segun Platon, será el de la calumnia, la persecucion, los azotes y la cruz, pues asi El, como el justo de Glauco, permanecerá eternamente libre de toda sospecha de egoista interés ó de debilidad.... ¡Sigo ahora las reglas de la dialéctica, Hipatia!.... Callas todavía.... Veo que te niegas á oirme.... Algun dia la filósofa prestará mas benévolo oido á las palabras de su mayor deador.... O mas bien oirá en su propio corazon la voz del hombre arquetipo, que la ha amado, la ha guiado, la ha dotado de todas las perfecciones de cuerpo y de espíritu, inspirándole los mas puros y nobles deseos, y que solo le pide que escuche su razon, su filosofía, cuando le proclamen dispensador de todos esos bienes, y que los reparta libre y humildemente, como El los ha repartido á ella, al pobre, al ignorante, al pecador, á quienes El ama tanto como á ella.... Adios.

—¡Detente! dijo Hipatia levantándose. ¡A dónde vas!

—A hacer un poco de bien antes de morir, ya que tanto mal he hecho hasta ahora. A arrendar, plantar y edificar; á salvar un pequeño trozo de la tierra de Oromazes, como dirian los persas, del dominio de Arimanes; á combatir contra los ladrones Ansurianos y dar de comer á mercenarios Tracios, y librar unas cuantas viudas del hambre y unos cuantos huérfanos de la esclavitud.... Quizá á dejar para que me suceda un hijo de la línea de David, que será mejor judío que su padre, porque será mejor cristiano.... Tendrémos disgustos en la carne, así lo ha dicho Agustin; pero como le he respondido, realmente he experimentado tan pocos hasta aquí, que es probable me sirvan mas bien de útil educacion que de otra cosa. Adios.

—¡Detente! tornó á decir Hipatia. ¡Vuelve, vuelve! y hablarás de amor conyugal.... Traela.... Es preciso que la vea. Debe ser noble, sin duda, digna de tí.

—Se encuentra á muchas millas distante de Alejandria.

—Lo siento. ¡Quizá hubiera podido enseñarme algo á mí.... á mí, la filósofa.

sosfá.... No debiste temerme.... Mi corazón no está ahora para convertir á nadie.... ¡Oh, Rafael Aben-Ezra! ¿por qué romper la caña ya cascada? Mis planes se los han llevado los vientos, mis discípulos son indignos, mi nombre ha perdido su lustre, mi conciencia está abrumada con el peso de mi crueldad.... Si no lo sabes todo, lo sabrás demasiado pronto.... Sinesio, que era mi última esperanza, implora para sí la ayuda que yo necesitaba de él.... Y sobre todo.... ¡Tú!.... ¡Et, tu Brute! ¿Por qué no envolverme en mi manto, como Julio César, y morir?

Rafael la estuvo considerando, y vió con tristeza hundirse toda su fisonomía en la mayor postracion.

—¡Sí!.... ven... El Galileo.... Si triunfa de varones fuertes, ¿podrá resistirle una débil muger? Ven pronto.... Esta tarde.... Mi corazón se está despidiendo á toda prisa....

—¿Vendré á las ocho de esta tarde?

—Sí....

—Al medio dia esplico... mejor dicho, me despido para siempre de las escuelas.... ¡Dioses! ¿Qué me resta que de-

cirí.... Y me hablarás del de Nazareth. Adios.

—¡Adios, hermosa amiga! A las nueve oirás hablar del de Nazareth.

¿Por qué sus mismas palabras le sonaban de un modo extraño y ominoso? Casi le pareció que no él, sino una tercera persona, las habia pronunciado. Besó la mano de Hipatia, y la encontró tan fria como hielo; y tambien su corazón, á pesar de toda su felicidad, se sintió frio y oprimido cuando dejó aquel aposento.

Al llegar á la calle, un jóven salió de detrás de una de las columnas, y le cogió por el brazo.

—¡Ah, ah! ¿qué me quieres?

Filemon, porque era él, le miró un instante.

—¡Sálvala, por el amor de Dios, sálvala!

—¿A quién?

—A Hipatia.

—¿Desde cuándo te importa su salvacion, amigo?

—Por Dios, continó Filemon, vuelve junto á ella y aconséjala.... Te oirá.... eres rico.... amigo suyo.... Te conozco, he oido hablar de tí.... ¡Oh! Si te has

interesado alguna vez por ella, si has sentido por ella la milesísima parte de lo que yo siento, vé y aconséjala que no se mueva de su casa.

—Debo informarme mas por extenso, dijo Rafael, conociendo la seriedad con que se expresaba el jóven. Acompañame, y hablarás á su padre.

—¡No, no entraré en esa casa! ¡Nunca volveré á pisarla! No me preguntes por qué, sino vé tú. No me daría oído. ¿Eres tu quien la ha prohibido escuchar á nadie?

—¿Qué dices?

—¡He estado aquí... siglos! La he enviado una nota por medio de la doncella, y no ha contestado.

Rafael recordó entonces por la primera vez, que durante la conversacion habian llevado una nota á Hipatia.

—La ví recibirla y arrimarla á un lado. Cuéntame tu historia. Si tu mensaje es razonable, yo mismo lo llevaré. ¿De qué hay que advertirla?

—De un complot... Sé que existe un complot contra ella... He oído á Pedro decir, sin que supiese que yo estaba escuchando: “Esa muger será un estorbo mientras no se la quite de enmedio.” Y

añadió dirigiéndose á uno de los presentes: “Lo que tratas de hacer, hazlo pronto.”

—Esos son fundamentos ligeros, amigo.

—¡Ah! ¡Tú no sabes de qué son capaces esos hombres!

—¿No? ¿Dónde nos vimos la última vez?

Filemon se puso colorado, y prosiguió:

—La que habia oído me bastó. Sabia cuánto la odian y los erímenes que le atribuyen. A no impedirlo Cirilo, hubieran atacado anoche su casa... Conocí el tono en que se expresaba Pedro. Hablaba con demasiada dulzura para no tener una intencion diabólica. ¿Quieres llevarla mi mensaje, ó verla....

—¿Qué peligro la amenaza?

—Dios lo sabe y el diablo, á quien esa gente adora, en vez de adorar al Señor.

Rafael corrió á la casa, pero no pudo avistarse con Hipatia, pues se habia encerrado dando órdenes extrictas de que á nadie se admitiese.... ni con Teon, pues habia salido por la puerta del canal hacia media hora, con un rollo de

— 382 —
papeles matemáticos bajo el brazo, no se sabía á dónde...

— ¡Imbécil viejo, idiota! exclamó.

Y en seguida escribió en su librito de memoria:

“No desprecies el aviso del joven monge. Creo que dice la verdad. Si te amas á tí y amas á tu padre, no salgas á la calle hoy.”

Gratificó á una doncella para que subiese el mensaje, y permaneció abajo, haciendo advertencias á los criados, que no querian creerle. Es cierto que se habian cerrado las tiendas en algunos barrios, y que los jardines del Museo estaban vacios; desde el dia antes andaba la gente algo asustada. Pero Cirilo (lo habian oido como cosa segura) habia amenazado con la excomunion á todo cristiano que alterase la paz. En cuanto á que sobreviniera algun daño á su ama... ¡imposible! “Las mismas fieras no la despedazarian,” decia el portero negro, “si se le arrojase al anfiteatro.”

Una doncella le pegó en las orejas por haberse expresado así, y para enmendarlo declaró que su ama podia desviar el rayo y hacer que viniesen legiones de espíritus á combatir en su ayu-

— 383 —
da... ¿Qué disposiciones tomar con semejantes idólatras? Y sin embargo, ¿cómo no amarlos mas oyéndolos?

Al fin llegó la respuesta de Hipatia.

“Estraño medio de persuadirme á aceptar tu nueva fé, es decirme que me resguarde, cabalmente el primer dia de tu predicacion, de la maldad de los que la profesan. Te doy gracias; pero tu afecto hácia mí te ha vuelto medroso. Nada temo. No se atreverán. Si ahora se atreviesen, se hubieran atrevido tambien hace mucho tiempo. En cuanto á ese joven... obedecer ó creer sus palabras, y aun acordarme de que existe, seria para mí vergonzoso en adelante. Por lo mismo que tiene la insolencia de aconsejarme, iré. No temas por mí. No creo deseas que por la primera vez de mi vida me acobarde. Debo seguir mi destino. Debo pronunciar mi último discurso. Sobre todo, no quiero que ningun cristiano diga que la filósofa ha sido menos impávida que el fanático. Si mis dioses son verdaderamente dioses, me protegerán; si no lo son, que tu Dios pruebe la certeza de su doctrina como mejor le parezca.”

Rafael hizo pedazos la carta... A lo

menos, los guardias no estarían tan locos como la demás gente. Faltaba aun media hora para la salida de Hipatia, y en ese tiempo podría reunir fuerza bastante para sojuzgar á toda Alejandría. Con este pensamiento dejó precipitadamente la casa.

—*¡Quem Deus vult perdere!* dijo á Filemon con ademan de disgusto. Quédate aquí y deténla.... Haz un último esfuerzo, y hasta derriba en el suelo los caballos, si te es posible. Volveré dentro de diez minutos.

Y entró corriendo por la mas próxima puerta de los jardines del Museo.

Al otro lado de los jardines estaba el patio interior del palacio, y allí habia muchas puertas que comunicaban entre sí. ¡Si pudiera ver á Orestes, y alarmar la guardia á tiempo!....

Atravesó aprisa los tránsitos, abandonados ahora por los medrosos ciudadanos, para llegar á la puerta mas cercana; pero estaba cerrada y barreada firmemente por fuera.

Aterrado, se dirigió á la que seguía, y la halló tambien barreada. Al momento comprendió la razon, y entonces le faltó poco para perder la cabeza. Los

guardias, sin cuidarse del Museo, ó no temiendo fundadamente que el populacho de Alejandría tratase de perjudicar la gloria de su ciudad, ó deseando quizá prudentemente concentrar sus fuerzas en el mas estrecho espacio, se habian contentado con cortar toda comunicacion con los jardines y convertir de este modo la elevada pared divisoria en el recinto exterior de su ciudadela de mármol. Como último recurso, las puertas que conducian desde el mismo Museo podían abrirse. Rafael las conocía todas, y ademas todos los salones, pasillos, estatuas, pinturas, y casi todos los libros que contenía aquel vasto edificio, tesoro de la antigua civilizacion. Halló una entrada, corrió al través de corredores bien conocidos hasta una puerta secreta, donde Orestes y él se habian detenido cien veces, con los labios llenos de malas palabras y los corazones de peores pensamientos.... Estaba cerrada. Llamó; pero inútilmente. Siguió adelante, y habiendo llamado á otra, experimentó igual suerte. La tercera tentativa no tuvo mejor resultado. Subió las escaleras creyendo que desde las ventanas podría llamar á la guardia;

pero los prudentes soldados habian cerrado y barreado las entradas hasta los pisos superiores de toda el ala derecha, por temor de que el patio del palacio fuese dominado desde allí. ¿A dónde ir ahora? Habia que retroceder.... ¿Y despues? Galerías interminables, salas abovedadas, escaleras, puertas, unas cerradas, otras abiertas, corriendo arriba y abajo, probando, ora este camino, ora aquel, perdiéndose á veces en tan enorme laberinto. Al fin le faltó el aliento, secósele la garganta, su rostro estaba abrasado como si soprase el viento simun, sus piernas podian apenas sostenerle. Su presencia de espíritu, por lo general tan perfecta, le faltó del todo. Sentíase desconcertado, envuelto en una red; sobre él pesaba algun encanto. ¿Era aquello un sueño? ¿Era una de esas horribles pesadillas en que se figura la mente ver elevarse columnas sobre columnas, escaleras sobre escaleras, salas sobre salas, cambiando de forma y extendiéndose perpétuamente ante el individuo que es victima de ella, y á quien oprime, hasta casi ahogarle? ¿Era aquello un sueño? ¿Estaba destinado á vagar para siempre en algun palacio de los

mueertos, expiando el pecado cometido en él? Su cerebro, por la primera vez de su vida, empezó á vacilar. No recordaba sino que iba á suceder alguna cosa terrible, y que debiendo impedirla no podia.... ¿Dónde se encontraba entonces?... En un pequeño cuarto... Allí habia hablado con ella cien veces, contemplando á lo lejos el Faro y las azules aguas del Mediterráneo.... ¿Qué rumor era el que se oia abajo? Un océano de cabezas flotaba á sus piés, y de sus innumerables gargantas salia el grito de guerra: *¡Dios y la Madre de Dios!* Quitóse de la ventana y corrió otra vez como un frenético sin saber adónde, ni lo supo hasta el dia de su muerte.

¿Y Filemon?... Pero basta para este capítulo.

CAPITULO XXVIII.

AMOR DE MUGER.

PELAGIA habia pasado aquella noche en completa soledad, no permitiéndole dormir su disgusto, el cual se aumentó